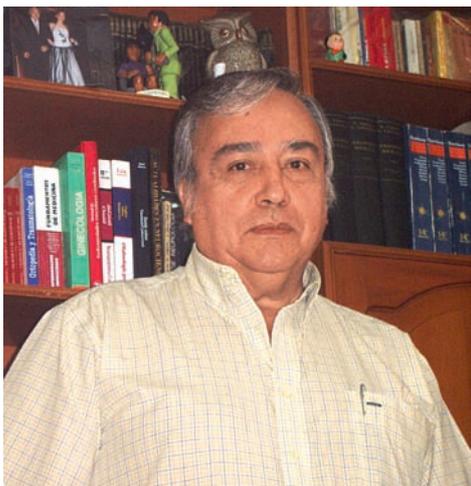


Cuento: *Asfixia umbilical*

Dr. César A. Caparó Gómez
Médico neurólogo
Arequipa



(Arequipa, 1946), cursó estudios de Medicina Humana en la Universidad Nacional de San Agustín, de donde egresó en 1974. Desde sus primeros años como médico se dedicó al estudio del sistema nervioso. Se graduó de neurólogo clínico, interesándose por estudiar los aspectos neuropsicológicos así como sus intrincados caminos. Posteriormente obtuvo el grado académico de Doctor en Medicina. Su afición por la literatura le llevó a estudiar y egresar de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Escuela de Literatura y Lingüística de la UNAS. Desde joven escribió tanto narrativa como poesía, pero recién ahora publica su primer libro de cuentos, «La infiltración y otros albures humanos».

ASFIXIA UMBILICAL

Carlos soportó varias horas el ajeteo de aquel día. Pensó que algunos días resultan fatigantes recordando el esfuerzo entregado a esa labor sin descanso. Pero durante aquella jornada sucedió algo imprevisto, alrededor de las seis de la tarde el flujo de pacientes se interrumpió abruptamente. Aprovechó esa circunstancia para tomar un respiro repantigándose en el mullido sillón del tópic. Su cuerpo se hundió en el mullido proporcionándole el descanso merecido.

Trataba de recuperar fuerzas para continuar con su labor en la seguridad que pronto volvería el ritmo de trabajo habitual. Abandonado plácidamente en su descanso, dejó que su pensamiento flotara como el viento tratando de apartarse de la agitación vivida.

La tregua de su labor le facilitó un respiro y el descanso pronto dio sus frutos. Sus ojos se cerraron pesadamente, mientras un suave letargo invadía su conciencia y lo alejaba de la realidad.

El trabajo ese día fue duro y continuado, él se encontraba de guardia en la emergencia de Gineco-obstetricia, departamento donde realizaba un ciclo de internado. Aunque llevaba poco tiempo en ese servicio aprendió la dinámica del mismo llegando a comprometerse con la labor que en él se realizaba. Que diferente a su juicio le parecía todo aquello. En sus estudios de medicina había recibido conocimientos teóricos y prácticos, pero la experiencia que recogía ahora, de una realidad viva y dura, contrastaba con aquella impartida en las aulas. Una incomparable

condición que lo formaba sobrepasando los estudios realizados. Una situación a todas luces diferente en un contexto alejado de los sueños de estudiante, que lo habrían de marcar en adelante.

Ahora era actor en el escenario de la vida, viva y sobrecogedora de una sala de emergencia. El esfuerzo forjaría su espíritu preparándolo para el futuro. A sus veintiséis años derrochaba la energía de su juventud en las abrumadoras horas de servicio. Cada tercer día hacía un turno de guardia de veinticuatro horas, para seguir trabajando hasta la tarde del día siguiente. Su juventud le permitía seguir en la brega sin pestañear siquiera. Era robusto, de mediana estatura, bastante calmado. Hablaba en ciertas ocasiones con propósitos definidos. La vida le había enseñado a ser atento y a valorar en su justa medida su tiempo y el tiempo de los demás. La necesidad de sobrevivir forjó sus hábitos. Daba todo de sí a la consigna de formarse. Poco importaba el sacrificio de unas horas de trabajo para lograr colmar el anhelo de aprender una profesión y de abrirse un camino.

Después de algunos minutos que llevaba reposando, y cuando el mutismo de la sala le permitía adormecerse, una voz rompió el silencio:

-iDoctor...doctor!

Era como un eco que regresaba de martillar en sus oídos. La calma se rompía como el cristal en mil pedazos y la palabra lo despertaba pesadamente del ensueño adormecedor que la quietud le había provocado.

Una voz de mujer retumbaba en el ambiente, la misma voz estridente que durante toda la tarde había repiqueteado en su cerebro como un sonido destemplado, implacable, autoritario. Dos palabras pronunciadas con bastante energía, rasgaron la formalidad del ambiente hospitalario. La señora Consuelo, técnica del servicio, era una mujer entrada en carnes, de mediana edad y permanentemente seria. Los surcos de su frente revelaban su habitual gesto adusto que descubrían su carácter. Consuelo de dedicaba a su trabajo con solvencia, los muchos años que se desempeñaba como técnica de enfermería le daban la experiencia necesaria para imponer su presencia, en especial sobre los internos, bisoños practicantes de medicina que cumplían esa labor como parte final de su entrenamiento.

La mujer había revoloteado erguida por el salón durante toda la tarde, mostrando una energía abrumadora y poco común a sus años. Iba de un rincón a otro permanentemente, como paso ligero, ajetreada. Era de aquellas personas que cumplía su deber sin darse descanso, la mayoría de las veces con exageración. Eso ponía en evidencia la fogosidad de su espíritu, que junto a la capacitación lograda con esfuerzo en los años que llevaba en el servicio, le permitía llegar a reconocer con seguridad la situación que cada paciente consultante traía al venir a la emergencia.

En esa emergencia las parturientas llegan apuradas. Esa rutina estar en sobresaltos por cualquier imprevisto.

La fatiga que mantenía adormilado a Carlos, no le permitió escuchar con claridad el timbre chillón de la mujer. Giró su cuerpo en el sillón permaneciendo inmóvil, negándose a levantarse.

La voz de la técnica volvió a estremecer el ambiente, con un timbre penetrante.

-i Se sale la guagua!- gritó con frenesí, corriendo por la sala de un sitio a otro, sin dejar emitir palabras incomprensibles, no solo por la velocidad con que las pronunciaba, sino más bien por la agitación que la sacudía. Pese a ello, no obtuvo del interno la respuesta que esperaba, razón demás para acercarse hasta su lugar de descanso y decirle casi al oído:

-iDoctor!... idoctooooor! -repitió varias veces con fuerza por

el arrebató de su estado de ánimo-. Doctor, ¡el crío se sale! gritaba parada a su lado. La ansiedad sobrepasaba de lejos su paciencia estremeciendo el timbre de su voz.

Carlos se puso de pie sacudido por el impacto de esa voz. Como un autómata se dirigió rápidamente al lugar donde se encontraba la paciente, que pocos minutos antes había llegado al consultorio.

La mujer yacía plácida sobre la camilla cubierta por una sábana, sus piernas colocadas sobre las piñeras, a juzgar por el bulto que hacían. Carlos se acercó a ella, se calzó un par de guantes mientras interrogaba a la enferma. Después levantó la sábana y se puso a examinarla y fue en ese preciso momento, al observar las partes íntimas, que comprendió el porqué de la desesperación de la técnica: encontró entre las piernas de la paciente un cordón retorcido, babeante, ligeramente amoratado y sanguinolento, que pendía flácido desde su vagina.

Alrededor del cordón todas sus partes permanecían humedecidas por el líquido emanado de la bolsa que se había roto. Observó un latido rítmico en el cordón cuya frecuencia controló durante un minuto. El examen que estaba practicando le permitió comprender la situación de la mujer y lo que tendría que enfrentar. Con una mano entreabrió la vulva que se mostraba entreabierta y dilatada, mientras que con la otra, rechazó el cordón que salía de la vagina. La amplia cavidad vaginal le permitió introducir sus dedos con facilidad y llegar a palpar la cabeza del niño que se insinuaba fija. Después, colocó un espéculo entre los labios de la vagina, lo que le permitió observar la posición de la cabeza y del cordón que se deslizaba por ambos lados de la misma. Prestó atención, cuando sobrevino una nueva contracción, que la cabeza, tratando de descender, aplastaba el cordón haciendo desaparecer el latido. También pudo observar que luego de pasar la contracción el latido regresaba. Ahora entendía a cabalidad lo difícil de la situación y la necesidad de ayuda para resolverla. Sin pensarlo más ordenó con energía a la técnica:

- ¡Llame usted al doctor Pacheco.- La orden sorprendió a la técnica, que se quedó parada. Al ver la cara de asombro que ésta puso, agregó: - ¡Rápido!... vamos, irápido!-. La mujer corrió sobresaltada hacia donde se encontraba el teléfono, mientras que él continuaba con el examen.

En ese momento la paciente dio un grito de dolor como si despertara de una pesadilla. Estaba pálida, jadeante y un sudor frío bañaba su frente. Su rostro cambiaba de expresión con cada rictus que el dolor causado por el espasmo de su vientre le provocaba. Miraba con curiosidad y preocupación al doctor que la examinaba. Permanecía en silencio, pero unas lágrimas brotaban de sus ojos bañando sus mejillas.

Carlos notó que el útero había alcanzado una dilatación conveniente, pero que la cabeza no descendía, ya sea por que el cordón se lo impedía o por el tamaño de la misma. Como en cada contracción la compresión que la cabeza ejercía sobre el cordón hacía desaparecer el latido fetal, cogió un estetoscopio y decidió escucharlo en el abdomen. Giró la campana del mismo y retiró parte de la sábana que cubría a la mujer. Luego colocó el estetoscopio sobre el vientre y se puso a buscar detenidamente el latido del niño. Movié el estetoscopio por varias partes, sin llegar a precisar con seguridad donde escuchaba mejor los latidos, hasta que por fin se decidió por un lugar donde los localizó, no sin algo de duda. Se puso a contarlos mostrándose preocupado, a juzgar por la insistencia con que seguía examinando a la mujer. Súbitamente volteó con ligereza hacia donde se encontraba la técnica y le dijo:

- Tráigame la campana*. ¿Qué es del doctor Pacheco?- Consuelo se movió con rapidez en busca del objeto solicitado. Sin embargo se dio tiempo para responder.

- Dijo que bajaba en seguida.

Después de unos segundos regresaba corriendo. Entregó la campana a Carlos y se quedó mirando lo que éste hacía. Consuelo había olfateado desde el comienzo el peligro que corría la paciente. Su instinto le dijo que aquello no estaba nada bien.

El interno tomó la campana, la colocó sobre el vientre de la mujer y se puso a escuchar con atención. La mujer no dejaba de jadear y de moverse en la camilla durante las contracciones del útero. Pero por fin pudo verificar con seguridad que los latidos fetales estaban presentes, bastante lejanos y, lo más preocupante, que eran de menor frecuencia. Tercamente siguió explorando,

con la esperanza de sentirlos mejor, pero las contracciones no facilitaban su labor, pues los latidos se perdían en las profundidades de su vientre endurecido y abultado por las mismas. Pero por suerte para el niño, al pasar el espasmo el latido regresaba. Estaba intranquilo pero se sentía impotente. Tenía ante sí una mujer y dentro de ella una vida nueva que por momentos parecía apagarse.

- ¿Qué es del doctor Pacheco?- insistió frenético. La técnica salió corriendo en dirección de la puerta. Cuando se disponía a volver a examinar los latidos, observó que la técnica regresaba agitada.

- El doctor Pacheco está llegando - dijo con ansiedad.

Efectivamente, Pacheco hizo su ingreso al consultorio, demorando unos segundos en llegar al lugar donde se encontraba Carlos. Unos segundos que para el interno parecieron una eternidad debido a la desesperación que se apoderaba de él. Conocía la experiencia del médico para resolver esos casos, de ahí la insistencia por su presencia pues le procuraría la ayuda que necesitaba.

El doctor Pacheco, sin pronunciar palabra se acercó a la paciente, cogió un par de guantes que se calzó con rapidez, al mismo tiempo que preguntaba al interno. Carlos se hizo a un lado para que él pudiera examinar con facilidad, informándole brevemente la condición de la paciente.

- ¿Qué tenemos?- hizo una pregunta suelta, no se podría saber si hacia el interno o hacia el mismo, pero se percató de inmediato que parte del cordón umbilical pendía por la vulva de la mujer, por lo que se olvidó de la respuesta. Introdujo sus dedos en la vagina y palpó con ellos el interior de la mujer.

- ¿Latidos?- dijo mirando al interno.

- Se escuchan por momentos- contestó Carlos-, pero son muy débiles.

- ¿Con qué frecuencia?- volvió a inquirir el doctor Pacheco. Daba la impresión de estar molesto por la rigidez que mostraba su rostro. Sin embargo actuaba diligentemente y con absoluta seguridad en su trabajo.

- Conté cien o, más raras veces, ciento veinte- refirió el interno, como si tuviera duda de lo que estaba afirmando-, pero hay momentos que no se escuchan - manifestó con timidez.

- Déjame ver - dijo el doctor Pacheco alargando sus manos en dirección del interno. En respuesta Carlos le alcanzó la campana. El médico pasó sus manos por el vientre abultado de la mujer palpándolo detenidamente, trataba de reconocer la posición fetal. No bien la tuvo ubicada se inclinó para ponerse a escuchar, permaneciendo en esa posición por dos minutos. Inmóvil y concentrado.

- 108 latidos - dijo levantándose y alcanzado la campana a Carlos. Después pareció reflexionar por un instante para explicar -: Hay sufrimiento fetal, ¿cuánto lleva en esta situación?

- Aproximadamente veinte minutos- respondió Carlos, pero la pregunta del médico le sonó como un reproche en sus oídos.

- La dilatación es completa, pero la cabeza no desciende a pesar de que las contracciones son eficientes. El conducto no es estrecho, pero la cabeza es grande y gran parte de la cavidad es ocupada por el cordón que es algo grueso. Lo que más preocupa es que se aplasta con cada contracción y no deja pasar sangre al feto. Esa es la causa del sufrimiento fetal que presenciamos - dijo en voz baja, como si estuviera reflexionando consigo mismo y con el interno. Trataba de encontrar una explicación a los sucesos que enfrentaba -. Operaremos de inmediato - exclamó después de tomar una decisión -. Señora Consuelo, que alisten todo lo necesario - la técnica, que aguardaba órdenes del médico, corrió al teléfono y, pocos segundos más tarde, impartía las disposiciones pertinentes en forma autoritaria.

- ¡Alisten la sala, el doctor hará una cesárea de inmediato!

Mientras tanto el doctor Pacheco, colocándose de nuevo un guante, introdujo sus dedos en la vagina para volver a examinar.

- Intentaremos una maniobra - dijo el interno-, cázate guantes, introduce tu mano en la vagina y trata de empujar la cabeza. Yo intentaré rotarlo por el abdomen, a ver si se mueve.

- ¿Toda la mano?

- Sí, toda tu mano. Parece que no me prestas atención- dijo molesto. Carlos obedeció con desconfianza. Pacheco se puso a maniobrar en el abdomen.

- Empuja - dijo-, más fuerte. Se siente que se mueve un poco, es posible que se salve - expresó con esperanza. El interno se esforzaba por empujar con su mano la cabeza del feto, logrando percibir la fuerza de la contracción cuando ésta reapareció.

- Pero es igual de grave- dijo el ginecólogo, cogió la campana y se puso a escuchar los latidos del feto. Esperó un minuto y exclamó -: Mejora, debemos apurarnos. Tú, quédate ahí y empuja fuerte- añadió con autoridad. El interno estaba confundido Pacheco salió sin decir otra palabra. Carlos supuso que el doctor salía presuroso para avisar a la familia de Faustina. La paciente permanecía callada, ajena a toda la conversación que los médicos sostuvieron.

La técnica regresó con una auxiliar, traían una camilla rodante que colocaron al lado izquierdo de la enferma. Carlos permanecía al pie con su mano metida en la vagina. Soportaba la fuerza de las contracciones uterinas que venían con frecuencia. Las dos mujeres pasaron con facilidad a la enferma de la mesa a la camilla. El interno se acomodó para mantener su posición.

Cuando Faustina estuvo en la camilla, Carlos recordó que no había conversado con ella sino durante el breve interrogatorio inicial. No le informó nada de lo sucedido. Este recuerdo lo desconcentró haciéndole sentir avergonzado. Aprendió de sus padres a respetar el derecho de las personas de conocer la realidad que los envuelve, formación que supo aplicar en sus pacientes a quienes les reconocía el derecho a ser informado sobre sus problemas, sin importar cuán graves podían serlo. No encontraba la forma de disculpar su falta en el presente caso, por más que reconocía que las circunstancias en la atención de Faustina fueron bastantes peculiares y se vieron obligados a actuar precipitadamente, toda vez que se trataba de una emergencia que no les dio descanso desde el minuto inicial. Sin embargo, pensó que debería reparar su falta.

Había algo que le llamaba la atención, sin saber exactamente que, hasta que reparó en Faustina. Se dio cuenta que no había pronunciado ni una sola palabra durante todo el examen practicado. La escuchó quejarse en reiteradas oportunidades pero sin hablar. Dedujo de ello que soportaba estoicamente el sufrimiento, no sólo a causa de dolor, sino también el provocado por todas las maniobras que tuvo que soportar durante el tiempo que ambos médicos estuvieron examinándola. "Es posible que su silencio sea de manera de protestar" pensó el interno, "o tal vez, sólo una manera de ver con indiferencia su problema". Esto último no le parecía razonable, trató de alejarlo de su pensamiento.

Recordó que durante el breve interrogatorio practicado a la mujer, ella fue capaz de alcanzarle todos los datos solicitados, aunque parcamente. Actitud que consideró aceptable teniendo en cuenta el dolor que le acometía, y que después de ese momento no tuvo ninguna otra ocasión de hablar con ella, debido a que los acontecimientos se precipitaron con creciente rapidez. Sólo se escuchó el diálogo entre los médicos, o los aislados gritos de dolor de la mujer, y de no ser por eso, se hubiera dicho que todo estaba en calma en ese consultorio.

Cuando todo estuvo listo para el traslado de la paciente a la sala de operaciones, la técnica con la auxiliar haciendo rodar la camilla emprendieron el camino. Carlos mantenía la posición en la que le dejó del doctor Pacheco. Cada contracción le recordaba el sufrimiento de Faustina, en la fuerza del útero que apretaba su mano.

Durante el traslado, permaneció semiinclinado, parcialmente cubierto por una sábana, pensando en Faustina. La falta de reacción de ésta le tenía preocupado. Daba gritos de dolor en cada contracción, pero parecía importarle poco que el interno mantuviera su mano en la vagina. "Debo hablar a esta mujer, tengo que decirle lo que está pasando sino me volveré loco, todo esto me da vueltas en la cabeza", se decía.

Las puertas de ingreso a las salas de operaciones se abrieron para dar paso la camilla que rodaba por el pasillo. Algunos metros después el cortejo detuvo su marcha cerca de la puerta de uno de los quirófanos. Carlos observó el escenario y consideró que la oportunidad de hablar a Faustina había llegado.

Sin embargo, sabía que para hablar a Faustina tendría que ingeniarse algo, dado que la posición que mantenía con su mano metida en la vagina no facilitaba su propósito. No debería dejar pasar esa ocasión que a su juicio no solo era la más propicia, sino quizás la última que tendría antes del ingreso a la sala de operaciones. En ese momento una nueva contracción apareció y el dolor que sintió en su mano le recordó cumplir con su deber. Pensó en Faustina y comprendió la angustia que el dolor le debería estar provocando. Dolor tras dolor y sin que nadie le dijera qué

es lo que estaba sucediendo, sin comprender por qué el interno mantenía su mano dentro de ella, ni por qué estaba en ese ambiente - no le informaron de nada- , manipulada por las circunstancias, echada sobre la camilla, a punto de ingresar a una sala de operaciones y sin saber absolutamente nada.

Carlos levantó la voz para hablarle y que ella la escuchase: - Faustina, el cordón viene por delante y no deja salir al niño. Es necesario operarte, por eso te hemos traído a la sala de operaciones - fue directo al punto, su comunicación lacónica, expresada con sencillez y frialdad, resumió la gravedad de la situación. Con un lenguaje familiar trató de evitar confundirla más de lo que estaba, pero al mismo tiempo tenía la intención de infundirle confianza en lo que venía.

Faustina siguió en silencio. Tal vez por que no sabía que decir. Todo había sucedido con tal rapidez que no le permitió pensar siquiera. Recordó que al empezar las contracciones uterinas en su casa sus experiencias anteriores le dieron tranquilidad para aguardar con calma el nacimiento de un nuevo hijo. Trajo al mundo tres vástagos, en igual número de partos normales. Hasta en ese momento, para ella todo ocurría con normalidad, de manera tal que sentía confianza en que en esta ocasión también sería igual y esperaba con tranquilidad la hora para ir al hospital.

Pero de pronto las contracciones iniciales se convirtieron en frecuentes e intensas, obligándola a pensar que el parto se estaba adelantando. Pero lo peor vino después, cuando al moverse se reventó la fuente y salió abundante agua por su vagina. De inmediato llamó a su marido, y cuando Pancho llegó se limitó a acariciarle en la espalda diciéndole:

-Llegó la hora. Te llevaré al hospital, anda, prepárate- como en anteriores ocasiones, él solo daba órdenes sin moverse. Ella le manifestó sus inquietudes.

- Algo malo me pasa, no se que tengo en las piernas, después que me salió el agua quedé con la sensación de un bulto. A ver mira tú qué es.

El marido levantó la falda de la mujer y, como estaba sin calzón, pudo mirar sus partes y observar que un grueso cordón le colgaba de la vagina. Se asustó muchísimo, nunca antes había visto cosa semejante. Miró a su mujer, como si quisiera pedirle una explicación de lo que sucedía, pero al notar la tristeza que se dibujaba en su rostro, exclamó:

-Vamos de inmediato al hospital.

Los sucesos en el hospital se precipitaron tan rápidamente que a nadie se le ocurrió decirle algo a ella. Quizás por ello la breve explicación del interno la remeció con brusquedad, permitiéndole intuir la gravedad de la situación. De seguro le fue muy difícil llegar a comprender la verdadera magnitud del problema, confiando en que, como en otras ocasiones, los médicos que la atendían solucionarían el problema. Tenía una corazonada que le decía que su guagua no estaba nada bien. Ese presentimiento humedeció sus ojos que lloraban en silencio. Soportaba con la entereza que los espíritus estoicos muestran ante la adversidad. Carlos no llegó a comprender el significado cabal de aquellas lágrimas que le brotaban de lo profundo de su angustia, lágrimas que expresaban sin palabras de dolor que la apenaba. La arraigada sumisión de su vida no le permitió levantar su voz de protesta, pero en el fondo su corazón luchaba por gritar lo que sentía: ¿Por qué a mi tenía que pasarme esto? ¡No es suficiente desgracia ser pobre! ¿Acaso no basta todo el sufrimiento que soporto a diario? ¿Por qué... Por qué, por que Dios mío? ¿Por qué a mí?" No podía encontrar respuesta a sus interrogantes. En la profundidad de su silencio la buscaba con la desesperación. ¿Pero qué razón puede haber para entender por qué le pasa eso a una madre?

A las puertas del quirófano una nueva contracción y la intensidad del dolor la hizo volver a la realidad y lanzar un grito que rasgó los aires del ambiente. Cuando el dolor pasó recobró su entereza logrando articular unas palabras que dirigió el interno.

-Doctorcito, ¿cómo está mi guagua? -sin importarle su dolor preguntó por su hijo, aquel niño que llevó en sus entrañas durante tanto tiempo. No preguntó por ella, ni por la condición en la que se encontraba. No, no ... sólo se refirió al hijo. En ese momento crucial para su vida su condición de madre sobrepasaba su situación de mujer adolorida, siendo capaz de dar todo por el hijo. Había esperado con optimismo la llegada de este nuevo niño, aun sin tomar en cuenta los problemas que eso acarrearía para ella, sabiendo como sabía lo precario de su situación

económica. En esa hora la madre luchaba por el hijo dejando de lado su sufrimiento. Inquiría por su suerte dispuesta a luchar con todas sus fuerzas para protegerlo. El interno guardaba silencio, retraído y agazapado, Faustina al percibirlo se desesperó aún más, insistiendo a voz en cuello: ¿Cómo está mi hijo, doctorcito? Por favor dígame ¿cómo está? -la pregunta sonaba reiterativa, con voz balbuciente que llegó a estremecer a quienes le habían conducido hasta allí.

-Está bien el niño, Faustina -alcanzó a decir Carlos- ¡Está bien! -repitió, sin atreverse a decir nada más. La mujer volvió a sumergirse en el silencio estoico que había mantenido durante tanto tiempo. Apareció el doctor Rojas, un médico residente, quien informado del caso se aproximó para preguntar por ella y reevaluarla antes de que ingrese en la sala. Vino con la ropa apropiada para ingresar al quirófano. Carlos permanecía en la brega sosteniendo la cabeza. Llevaba algo más de diez minutos con su mano metida en la vagina, que al soportar todas las acometidas de las contracciones uterinas, estaba completamente adormecida. El doctor Rojas examinó rápidamente con el estetoscopio el abdomen de Faustina, y después de unos segundos exclamó resuelto:

-Cien latidos, operaremos de inmediato-. Se dio media vuelta para dirigirse a las técnicas de la sala que habían acudido a recibir la camilla, ordenándoles: -Pongan un pantalón, botas, gorro y máscara al interno, él no puede hacerla. Vamos ... vamos, qué esperan, háganlo de inmediato -reiteró.

-¡Pero doctor! -trató de decir una de ellas.

-Nada de doctor -expresó molesto-, hagan de inmediato lo que les he dicho y luego pasen a la paciente al quirófano que está preparado.

Las técnicas fueron corriendo por las prendas con las cuales cumplirían la orden dada. Faustina y Carlos permanecieron callados absortos en sus propios pensamientos, que tenían algo en común: salvar al niño. Durante el tiempo que llevaban unidos en esa peculiar relación habían soportado la fuerza de la contracción uterina.

Un minuto después ingresó el doctor Pacheco, presuroso.

-¿Cómo va? -preguntó con frialdad. Iba vestido con ropa apropiada para la operación. Sin siquiera detenerse a recibir respuesta logró percibir en Carlos un ligero movimiento de cabeza, quien al escucharlo intentó erguirse.

Cuando las técnicas regresaron cumplieron a cabalidad la orden del doctor Rojas. El interno se dejó manipular sin protestar mientras era vestido. Cuando sintió que habían terminado, les dijo:

-¡Pronto, vamos, ya es hora. Apúrense en llevarla adentro. Trasládenla a la paciente a la mesa de operaciones, el interno seguía al pie, firme, sin retirar su mano. Una enfermera tenía listo todo el instrumental quirúrgico y el material necesarios para la cesárea.

Los doctores Pacheco y Rojas ingresaron a la sala con las manos mojadas y en alto, fueron hacia un lavador que contenía alcohol yodado. Empaparon sus manos en el líquido y luego las secaron con una pequeña toallita que la enfermera instrumentista les alcanzó. Después fueron vestidos con una bata que les cubría totalmente desde el cuello hasta las piernas. Les calzó guantes y puso todo en su lugar. El anestesista, por su parte, había colocado la anestesia y Faustina dormía plácidamente.

Rojas limpió prolijamente varias veces el abdomen de la paciente con una pinza que sujetaba una gasa. El otro cirujano permanecía quieto y en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando la asepsia fue concluida cubrieron con sábanas a la paciente pero también al interno que permanecía al pie. La anestesia, al parecer, provocó que el útero de la mujer se relajara un poco, procurando alivio a la mano tetanizada de Carlos que la mantenía firme. Cubierto por las sábanas se sintió impotente, nada podía hacer en esas circunstancias, salvo aguantar con su mano la cabeza y esperar con paciencia el curso de la cirugía. Carlos soportaba sin quejarse el dolor que la fuerza contráctil del útero producía en su mano acalambrada por el tiempo transcurrido. Tenía el cerebro a punto de explotar por la presión vivida, pero asumía con responsabilidad su tarea. Los cirujanos habían comenzado la intervención. Él sólo escuchaba lejanas voces, casi imperceptibles, a pesar de estar al pie de donde se desarrollaba la cirugía. Las emociones sentidas a lo largo de aquellos momentos aturdían sus sentidos aislándolo del entorno

donde la escena se desenvolvía. Su mente dejó volar su imaginación y un pensamiento funesto surcó su cerebro, tenía la impresión que todo iba mal, quizá porque no sentía latir el cordón como lo había sentido durante todo el trance previo. Esta idea lo obsesionaba obligándolo a empujar con más fuerza la cabeza del niño, al pensar que ésta estrangulaba al cordón y que de esa forma estaba acabando con la vida de la criatura. Empujó con tal fuerza, que llegó a mover la mesa donde los cirujanos trabajaban. El doctor Pacheco le propinó un golpe en la espalda que lo sacó de su ensimismamiento y lo trajo de vuelta a la realidad, lo que le permitió escuchar con claridad la voz del médico que le ordenaba: -Deja de moverte y mantente quieto unos minutos más, pronto sacaremos al niño.

Efectivamente, los cirujanos habían avanzado bastante rápido y en ese preciso instante estaban cortando la superficie uterina, para luego poder extraer al niño de la matriz donde permanecía quieto. Carlos no atinó a contestar, se limitó a cumplir con la orden impartida. Las palabras del cirujano trajeron alivio a su espíritu, pues sabía que pronto todo terminaría. En el fondo es lo que había deseado desde el comienzo: llegar a buen término. Sin embargo, no podía apartar de su pensamiento la idea funesta que momentos antes le había angustiado. Anhelaba sentir el llanto del infante apenas éste fuera extraído del vientre materno. Al pasar varios minutos y no sentir ni siquiera un gemido, sus temores recrudecieron con desesperación, motivándolo a preguntar:

-¿Cómo van, están terminando?

Nadie le contestó, pero en ese instante la presión ejercida por la cabeza sobre su mano cesó bruscamente y sintió el vacío que le hizo comprender que habían sacado al niño. Poco después el débil llanto del crío alegró sus oídos, una música de paz como la melodía esperada para aliviar su sufrimiento y procurar el descanso merecido al cerebro, que tuvo el coraje de soportar en silencio y durante tanto tiempo la presión impuesta, no sólo por la tarea fatigante o la angustia de la incertidumbre, sino más bien por lo adverso que fue su pensamiento. El llanto débil de aquel nuevo ser se escuchó como se oye clarín anunciando la buena nueva. Un sonido vibrante que nos pone alertas y nos sacude del marasmo que adormece nuestra alma. Retiró la mano crispada que mostraba las huellas de la fuerza soportada.

Al incorporarse, un rayo de luz embargó su espíritu y lo llenó de alegría haciéndole sentir la satisfacción que procura el éxito obtenido en la empresa acometida. Sonrió por ello, con la sonrisa del triunfo que se irradia por doquier.

Después de aquietar sus emociones miró a los cirujanos que estaban retirando la placenta. Se acomodó para observarla, fijándose que estaba amoratada, y el cordón umbilical, responsable de lo sucedido, estaba pálido y en algunas partes aplastado. Luego dirigió su mirada al sitio de donde venía un llanto débil, el sollozo del niño que estaba siendo atendido por el pediatra. Miró que todos los presentes sonreían, con la sonrisa del éxito, y él también sonrió para compartir con ellos una frase que vino a su memoria: "Hemos triunfado", y al descubrir en sus rostros la serenidad que emana de la calma supo que se había logrado lo imposible.

-Vamos a cerrar -dijo el doctor Pacheco. Estiró su mano y la enfermera le colocó una portaagujas, con aguja y el hilo. El otro cirujano recibió una tijera y ambos procedieron con agilidad y destreza a su tarea.

El pediatra, en tanto, continuaba atendiendo al niño. Carlos, movido por la curiosidad de conocer al ser con quien compartió la última hora luchando por sobrevivir, fue en su búsqueda. Reparó que no había vuelto a escuchar el llanto del infante y se preocupó: "Quizá sea muy débil, o quizá estuve distraído y no me percaté del llanto", pensó sin dejar de caminar hacia donde el pediatra examinaba al niño. Al llegar, observó que el pediatra introducía una sonda por la boca del niño. Agitándola con rapidez lo estaba aspirando, examinando luego con un pequeño estetoscopio los pulmones del infante. Había notado que el niño respiraba con gran dificultad y que tenía metido un tubo en su nariz para proporcionarle oxígeno. Aquella escena reavivó los pensamientos que minutos antes martillaron su alma.

-Doctor, ¿cómo está el recién nacido? -preguntó con impaciencia.

-¡Nada bien! -exclamó el facultativo friamente-, al parecer tragó mucho líquido, tanto que ha llenado su pulmón derecho. Intento salvarle, pero no veo una respuesta positiva.

Ahora su voz sonaba apagada, expresando el desasosiego que seguramente lo estaba embargando.

-¡Pero ... no puede ser! -exclamó el interno-, cuando nació lo escuché llorar con claridad. -Había olvidado que escuchó un llanto débil, quizá por la emoción del momento ¿Qué está pasando? - volvió a inquirir en medio de una desesperación creciente. Sintió que todos los esfuerzos realizados no sirvieron para nada y que la vida del niño se apagaba a pesar de todo lo que hicieron.

-Me parece que estuvo mucho tiempo en sufrimiento respiratorio-dijo secamente el pediatra-, debo seguir intentando.

Carlos quiso protestar por lo escueto de la respuesta, pero tuvo la impresión de ser impertinente y de estar interrumpiendo la labor del pediatra. Permaneció en silencio, repitiéndose: "¡No puede ser! ... ¡no puede ser! ¡Qué hicimos mal!". Se negaba a comprender lo que estaba sucediendo. Los eventos acontecidos se desarrollaron tan precipitadamente que no le dieron tiempo de reflexionar en las eventualidades que podrían suceder y que suceden en estos casos. Ni en las consecuencias que un parto en las condiciones dadas, pudieran tener no sólo para el hijo sino también para la madre.

El pediatra lo miraba de reojo, tratando de comprender la zozobra del interno que había luchado por salvar la vida de ese niño y que ahora veía que se perdía. Fue cuando juzgó pertinente explicar a Carlos los problemas del infante, tal vez por justificar lo que venía sucediendo y un poco para compartir su propio desasosiego. Suavizó el tono de su voz para decirle:

-Es una situación difícil, uno de los pulmones del niño está lleno de líquido y el sufrimiento fetal se debió no sólo a ello, sino también al cordón que estuvo siendo aplastado y no dejó pasar sangre hacia el infante. Haremos todo lo que posible por salvarlo -decía sin dejar de lado su tarea.

-¡Pero ... no puede ser! -exclamó Carlos, procurando no alzar la voz a pesar de la agitación que sacudía su mente. En el tono de su voz se traslucía un reclamo por lo que estaba sucediendo.

El pediatra se sintió aludido por la insinuación de Carlos. Giró bruscamente la cabeza y le dirigió una mirada penetrante, helada, con la cual expresó su protesta por la intromisión del interno en la tarea que trataba de cumplir con diligencia y con la destreza que todos le conocían.

Carlos sintió que un estremecimiento frío recorría su cuerpo. Las emociones vívidas le hicieron cometer una imprudencia que hablaba claramente de haber sobrepasado sus atribuciones médicas. La mirada del pediatra le hizo comprender el desatino cometido. Cabizbajo y en silencio se retiró pausadamente en dirección de la mesa de operaciones, donde los dos cirujanos habían concluido su tarea. Faustina despertaba de su letargo anestésico moviéndose aún con cierta dificultad. Se puso a contemplarla, tratando de disimular lo que sentía.

-¿Cómo está el niño? -preguntó el Dr. Pacheco a Carlos. Él no supo cómo contestarle. Simuló no haber escuchado la pregunta, permaneciendo ensimismado en la contemplación de Faustina, procurando hacer creer que estaba concentrando en algo importante. Los dos cirujanos, sin hacer caso de las poses del interno, se dirigieron al lugar donde se encontraba el niño siendo atendido por el pediatra. El infante continuaba sin llorar a pesar de todas las maniobras que el médico hacía. Carlos permaneció junto a Faustina siguiendo con su vista a los cirujanos. Su ansiedad crecía como la necesidad de conocer lo que pasaba. Se acercó al lugar para comprobar que el pediatra había cambiado de estrategia. Ahora usaba su mano derecha como si fuese una tenaza y con ella presionaba fuertemente el tórax del recién nacido, mientras que la enfermera que ayudaba, sostenía sobre la nariz del infante una pequeña mascarilla acoplada a una bolsa que apretaba con cierta regularidad tratando de enviar aire a los pulmones.

El pediatra, al verse rodeado por los ginecólogos, se sintió obligado a revelar lo que pasaba con el niño y sin dejar de mantener la concentración en su trabajo dijo escuetamente:

-El niño ha hecho un paro cardíaco. Tratamos de salvarlo-. Todos se quedaron mudos. Sólo Carlos sintió que un frío glacial estremecía el ambiente.

El silencio reinante se rompió por la voz balbuciente de Faustina que, habiendo despertado completamente de la anestesia, pronunció algunas palabras incomprensibles. Pero cuando el doctor Pacheco se acercó, se le escuchó decir:

-¿Qué fue de mi hijito, doctorcito?-. La costumbre de usar diminutivos es un signo de expresar cariño. El doctor Pacheco enmudeció, en ese minuto no sabía qué decir, tal vez porque no

sabía cómo decir lo que sabía, pero tras unos segundos de duda y como si hubiera encontrado la respuesta adecuada, palmeó el hombro de Faustina diciendo:

-¡Tranquila, al niño lo atiende el pediatra!-. Volvió a palmear el hombro de la mujer sin decir nada más.

El pediatra llamó con angustia, de lo que aprovechó el doctor Pacheco para dejar a Faustina.

-¡Doctor Pacheco, venga Ud. por favor! -los presentes, que aguardaban alguna noticia, voltearon instintivamente. Pacheco se acercó al pediatra. El doctor Rojas y Carlos lo siguieron.

-El niño ha muerto -mencionó el médico. Su voz sonaba seca y apenada. Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo de Carlos, las palabras del pediatra lo dejaron absorto. El mutismo que invadía el ambiente mantenía una tensa calma. Sólo las técnicas de sala continuaban su labor de limpieza ajenas a aquella situación embarrasosa. Los doctores Pacheco y Rojas se quedaron callados, sus rostros mostraban la resignación que la impotencia impone. El pediatra y la enfermera seguían sin moverse. Nadie atinaba a pensar cómo salir de aquella situación.

-Doctor. ... ¡por favor, doctorcito! venga usted -exclamó Faustina. Todos voltearon a verla. La voz de esa mujer los despertaba de la impresión recibida. Faustina repitió: ¡ doctorcito ... venga por favor' -trataba de levantarse, pero la herida de su vientre no se lo permitía. Las miradas de los presentes se dirigieron hacia el doctor Pacheco, como si quisieran descargar en él toda la responsabilidad del caso. El doctor Pacheco era el médico de mayor categoría. Cuando percibió el peso de aquellas miradas, sintió que tenía que asumir la responsabilidad de decir a la mujer lo que había pasado. Se acercó lentamente donde estaba Faustina.

-¡Doctorcito! ... ¿qué es mi hijito? -dijo emocionada. Preguntaba por lo primero que toda madre pregunta en esas circunstancias. Notó que todos se movían de un lado para otro y que nadie decía nada.

-Fue varoncito -atinó a decir el doctor Pacheco.

-¡Varoncito! -exclamó Faustina, poniéndose contenta. Todos se sobrecogieron ante tal gesto humano.

-¡Faustina ... ! -trató de decir el doctor Pacheco, pero calló por unos segundos, sentía que un nudo se hacía en su garganta y no le dejaba articular palabra. -Faustina, ¡este ... yo, bueno debo!, mejor dicho tengo que decirte algo miraba a Faustina tratando de encontrar las palabras apropiadas para la ocasión- ¡Faustina ... el niño ha muerto! Hicimos lo posible por salvarlo, pero lamentablemente no fue suficiente.

-¡Muerto!, pero si hace poco me dijo que lo atendía el pediatra - increpó al facultativo con toda su fuerza.

-Sí, efectivamente, eso fue lo que dije, en ese momento el pediatra luchaba para salvarle la vida. Sin embargo el niño no pudo recuperarse del sufrimiento que traía.

Carlos permanecía alejado, observando la confusión en la que el doctor Pacheco se enredaba, pensó que le faltaban razones para explicar lo que había sucedido y se sintió comprometido para ir en ayuda de ambos: del doctor Pacheco y de la mujer con la que compartió sus dolores. Sin importarle que su presencia en la escena fuera o no aceptada, se aproximó hasta la mesa donde todavía estaba Faustina y trató de calmar la angustia que la conmovía. El niño había muerto y el sufrimiento que compartió con la mujer, lo autorizaba a ser él quien debería darle el apoyo en aquella dramática circunstancia.

-¡Faustina ... ! Faustina -exclamó, intentado a su vez serenarse- Tú sabes todo lo que hicimos por protegerte y por salvar a tu hijito. Nos ha dolido mucho perderlo, pero a veces nuestros esfuerzos no son suficientes para lograrlo. Hemos puesto toda nuestra energía en nuestro trabajo sin poder salvarlo. Lo siento mucho -la sinceridad de sus palabras se vio reflejada en el tono de su voz.

Faustina quedó petrificada. Su cerebro no logró o no quiso entender lo que aquellas palabras significaban. En el silencio reinante, se escuchó el rozar de dos gruesas lágrimas que brotaban de los ojos de Faustina al rodar por sus mejillas. Sonaban con amargura. Pero el silencio en que aquellas lágrimas fueron derramadas dolía profundamente.

Arequipa, abril del 2004

Cuento publicado en el Libro "La infiltración y otros albures humanos". Lima, Perú 2005.

© César A. Caparó Gómez

© Arteidea Editores